



JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES

UN CASTILLO EN LO ALTO DE UNA COLINA, Y EN LA LADERA UN CASERÍO ALETARGADO EN EL QUE DESTACAN UNA O VARIAS IGLESIAS; ésta es la imagen de muchos pueblos de España (en casi la mitad hubo alguna fortaleza).

En las laderas de la vertiente aragonesa del Moncayo, sobre una empinada colina, se alza el castillo de Trasmoz. Desde el siglo XII ha pertenecido a varios señores feudales, pues ha ido pasando de unas manos a otras en función de los apoyos que los grandes linajes nobiliarios prestaban a los reyes de Aragón. En el castillo de Trasmoz se falsificó moneda en 1267 y fue morada del noble Pedro Manuel Ximénez de Urrea, quien a comienzos de siglo XVI desató desde esta fortaleza una guerra feudal que puso en jaque al reino de Aragón y en la que tuvo que intervenir el mismísimo Fernando el Católico. Gustavo Adolfo Bécquer ambientó entre sus ruinas míticos episodios de brujería y espeluznantes aquelarres.

Recientes excavaciones arqueológicas realizadas en la torre del homenaje de Trasmoz han recuperado materiales de la época en que se abandonó el castillo. Un incendio acabó con la torre que tenía al menos cuatro pisos de madera. En el fondo de la misma, bajo cinco

metros de escombros, apareció el ajuar casi completo del último castellano. Junto a piezas de cerámica de la vajilla del señor del castillo (platos, escudillas, jarras, tinajas, e incluso dos bacinillas u orinales), se encontraron restos de una armadura de combate, una espuela, armamento (puntas de flecha, cuchillos) y piezas de adorno personal (cuentas de collar, hebillas, broches). Entre estos restos aparecieron un par de dados para juego y dos silbatos de hueso, probablemente para adiestrar halcones y azores; huesos de estos animales de cetrería, a la que tan aficionados eran los nobles que habitaban estos castillos, también han aparecido en las excavaciones. Todo ello se muestra hoy en una exposición permanente en la recién restaurada torre del homenaje.

Desde el «embrujo» castillo de Trasmoz puede iniciarse un apasionante viaje por la vida en los castillos de España, viajas fortalezas, la mayoría arrumbadas por el tiempo y la desidia de los hombres. Una visita a este castillo despierta hambre de historia y de leyendas; incluso existe un proyecto ambicioso para un museo europeo de mitos y leyendas en el castillo de Trasmoz; nuevas ideas que en ocasiones surgen de aventureros románticos que tal vez siguen soñando con un tiempo que nunca fue como nos contaron.

La vida en el castillo medieval de Trasmoz

TEXTO: José Luis Corral Lafuente



JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES

Fue sin duda la Edad Media el tiempo en el que las fortalezas han dejado una mayor huella en la literatura y en el arte europeos. En Aragón y en el resto de España, los castillos medievales abundan por doquier, no en vano, además de residencias feudales, fueron bastiones decisivos en el proceso de la Reconquista. En la Edad Media, el castillo constituye una pequeña unidad vital. Tras sus muros se encierra una comunidad a la que hay que abastecer diariamente y en la que se ejerce todo tipo de actividades productivas. Por su especial configuración y por su especialización en la defensa de una población, una región o una ruta, el castillo requiere de un sistema de aprovisionamiento que lo mantenga en óptimo estado en caso de asedio o de guerra.

El gobierno del castillo se encomienda a manos de un especialista, el alcaide, que es la autoridad encargada, por delegación del señor, de regir la fortaleza, mantener el abastecimiento y dictar las disposiciones oportunas para su defensa. Junto al alcaide se agrupan varios caballeros, escuderos y soldados, encargados de la defensa militar, y criados y sirvientes, ocupados de las tareas domésticas.

Un castillo tiene que estar en permanente estado de alerta, sobre todo en época de guerra o en la frontera. Para ello debe disponer de almacenes donde conservar víveres por si es asediado durante algún tiempo y uno o varios aljibes donde guardar agua potable. Tampoco faltaba la armería, donde se guardaban las armas para la defensa.

Como centro del dominio feudal, el castillo reúne un conjunto de actividades centradas en la administración del señorío; el señor imparte

justicia, cobra los impuestos y recibe el homenaje de sus vasallos. En las grandes ocasiones, los castillos albergan fiestas extraordinarias. De vez en cuando se celebran banquetes que reúnen a numerosos invitados. Para estos acontecimientos los grandes castillos disponían de enormes salas, a veces de varios cientos de metros cuadrados. A pequeña escala no faltaron estas manifestaciones en el de Trasmoz.

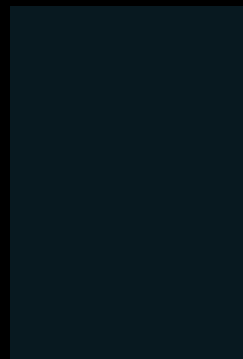
En época de paz, la vida en el castillo es muy monótona. Los soldados patrullan por las almenas, y en el cuerpo de guardia pasan el tiempo jugando a los dados, que fabrican con huesos, y con fichas que elaboran redondeando fragmentos de cerámicas rotas. Cualquier lugar es bueno para matar tantas horas de espera jugando a dados, que, para alegría de los arqueólogos, un soldado despistado suele olvidar en algún rincón.

El castillo de Trasmoz no es muy grande. Una fortaleza como ésta no suele disponer habitualmente de soldados pero en tiempo de guerra puede llegar a albergar a más de mil. Incluso hay un espacio abierto para que los ganados de la localidad se refugien allí en caso de peligro. La frontera con Castilla está a unas dos horas a caballo y en los siglos XIV y XV hubo algunas guerras fronterizas en esta zona entre ambos reinos. Desde las atalayas ubicadas en las crestas del Moncayo, los guardias de frontera avisan mediante señales de humo a las gentes del somontano sobre la aparición de una cabalgada de soldados castellanos; cuando eso ocurre, todos los habitantes de Trasmoz corren a refugiarse tras los muros de su castillo.



ARCHIVO AL-MULK

[1, 2, 3] Trabajos de restauración del castillo de Trasmoz



ARCHIVO AL-MULK



ARCHIVO AL-MULK



[4 y 5] Castillo de Trasmoz
[6] Museo de la Brujería
[7] Museo del Castillo
[8] El Moncayo visto desde el castillo



4

JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES



5

JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES

Entre tanto no hay guerra con Castilla o un conflicto con nobles, aldeas o monasterios de los alrededores, los criados y siervos preparan la comida, acarrean agua para mantener el gran aljibe lleno, limpian las cuadras y aprovisionan los almacenes. Claro que la limpieza no suele realizarse muy a fondo, pues es frecuente arrojar la basura al lado mismo de las murallas, incluso depositándola en algunas zonas dentro del mismo castillo. Afortunadamente la basura no es mucha, pues casi todo se reaprovecha, incluso los detritus para abono de los campos, aunque siempre quedan algunos huesos, caparazones de moluscos o de caracoles y fragmentos de cerámica que se desechan.

Utilizado en este medio rural como moradas señoriales, los nobles linajes propietarios del castillo (Lunas y Urreas entre otros) se identificaron de tal modo con este castillo que no dudaron en sacrificar ciertas comodidades a cambio de mantener el fetiche más destacado de su poder. Emplazado en posición dominante sobre el caserío que domina, el castillo de Trasmoz parece estar construido más para someter a la población que para defenderla.

Emblema de poder, residencia de damas y caballeros, el castillo de Trasmoz ha sido fuente de inspiración literaria, espacio para cantar al amor y a la guerra, símbolo de la ambición, del ocio e incluso de la venganza. La literatura de su último morador, el noble aragonés Pedro Manuel Ximénez de Urrea, poeta y aventurero, y la de Gustavo Adolfo Bécquer, poeta, prosista y viajero romántico, convirtieron a esta fortaleza en un lugar misterioso donde se guardaban tesoros y habitaban magos y doncellas encantadas que magnificaron todavía más si cabe su imagen fantástica y legendaria.

El castillo de Trasmoz fue abandonado a principios del siglo XVI y cayó en desuso. En los siglos siguientes se convirtió en campo de escombros y en cantera para extraer materiales para nuevas construcciones en el pueblo, aunque sus ruinas quedaron como mudo testigo de una época en la que fue el verdadero protagonista de un buen pedazo de la historia de la Edad Media aragonesa. Aquí, para el viajero que quiera sentirla, sigue latiendo la emoción de aquellos tiempos legendarios en los que fue morada de damas y caballeros. ■



JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES



JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES



JULIO E. FOSTER. ARCHIVO PRAMES